—¡Será posible, decia el señor cura, que Alberto no se haya robado nada todavía! Entonces ó la frenología es mentira, ó Alberto es el mas hábil de los ladrones.

Así llegó Alberto á la edad de trece años.

CAPITULO III.

DESARROLLO DEL ORGANO DE LA ADQUISIVIDAD.

ALBERTO tenia costumbres extraordinarias: los domingos en la tarde se perdia.

Nadie sabia adonde iba, y si se le preguntaba decia que se habia estado en el campo espiando á las tusas ó cogiendo ratones; pero en realidad nadie podia dar fé de que en efecto tales fueran sus entretenimientos.

Habian desaparecido ya algunos objetos de valor, pero no se le habia podido probar nada á Alberto; al contrario, las sospechas siempre recaian sobre otro, que cargaba injustamente con la responsabilidad, porque Alberto

nunca cometia un robo sin preparar antes hábilmente una víctima expiatoria.

En suma, Alberto llevaba siete años de ejercer su oficio de una manera irreprochable, haciéndose mas hábil cada dia.

No desdeñaba ningun objeto por insignificante que fuese, y en siete años habia logrado reunir, entre otras cosas, una cantidad muy respetable de alfileres, de clavos, de botones, de dinero, de ropa y de alhajas.

El cura le habia puesto mil veces la ocasion como un cebo, pero Alberto sabia siempre olerlo como las zorras.

El señor cura llegó á responder formalmente y en conciencia, de la honradez de Alberto.

Perdiéronsele un dia al señor cura dos taleguitos, que contenian moneda menuda que ascendia á ciento ochenta pesos, y siendo este, si no el único, sí el robo de mas entidad que habia sufrido, se propuso averiguar el hecho por medio de la justicia.

La ama de llaves, las criadas, los sacristanes y los vecinos, tuvieron que ver con la justicia, y Alberto presenció imperturbable todos los trámites de la causa; dió sus declaraciones con una seguridad y una firmeza admirables, y despues de muchos trámites y moratorias, la justicia y el cura llegaron á averiguar que nada sabian.

Disponíanse varios vecinos del pueblo á hacer la romería del Señor de Chalma, y Alberto, con ese motivo, consultó al cura si le seria obligatoria la promesa que habia

hecho de visitar al Señor de Chalma en caso de que hubiera parecido el ladron de los taleguitos.

El cura le aconsejó que cumpliera la *manda*, y una mañana salió Alberto del pueblo, con la bendicion del cura, para anticiparse segun él decia, á sus compañeros de romería.

Alberto salió á pié del pueblo, cargando una pobre maleta que hizo en presencia de su amo, y partió devotamente.

Pero dos horas despues, bajaba de una loma un ginete bien apuesto y montado, que no era otro que el mismo Alberto, que entraba por fin en el pleno goce de sus rapiñas atesoradas con tanto teson y constancia durante algunos años.

Un vecino se presentó al juzgado ese mismo dia para denunciar el hecho de haberle sido robado un caballo, sus arneses y sus armas.

Mandó el juez buscar las huellas y hubo de dudar de la veracidad del quejoso; pues el lugar en que guardaba los arneses estaba á la sazon cerrado, sin aparecer rastro ni fractura, y sobre todo, no se pudo encontrar pisada alguna que, partiendo del corral, indicase el rumbo que el caballo habia tomado.

Alberto, entretanto, caminaba ufano y satisfecho del buen éxito de su habilidad, y como si estuviera pasando efectivamente por una trasformacion, se irguió sobre su caballo y perdió de pronto el aire de encogimiento y humildad que para nada le servia; pensó en quitarse el nom-

bre y en aceptar un nuevo género de vida en teatro mas adecuado á sus instintos, que tomaban proporciones colosales á medida que se sentia libre y dueño de elementos preciosos.

Hasta entonces, Alberto habia tenido el buen juicio de no tener cómplices; pero sus proyectos para el porvenir exijian ya una cooperacion digna de su ambicion de atesorar. Desde luego se consideró en buena posicion supuesto que estaba equipado, montado y sobre todo armado; él no sabia manejar las armas, pero en último caso no le servirian de estorbo.

Caminó todo el dia y llegó al oscurecer á un pueblo que celebraba su fiesta titular.

Esta circunstancia fué de su agrado, pues desde luego en aquella fiesta encontraria todo cuanto pudiera apetecer.

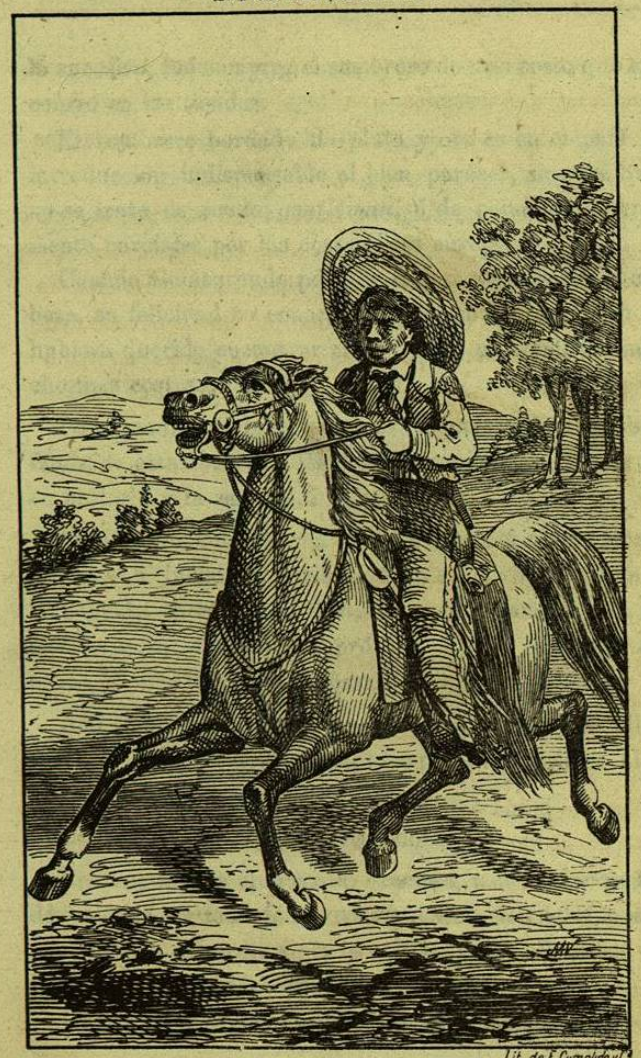
Todo era nuevo para Alberto excepto el robo; los amigos, las mugeres, el juego, la embriaguez, todo se presentaba ante sus ojos con el actractivo de la novedad, y su corazon era un volcan de deseos.

Aunque habia dejado sepultada en un escondite gran parte de su hacienda, llevaba lo bastante para proporcionarse comodidades y placeres.

Se alojó en un meson y pasó, ante el dueño, por José María Gomez; y como pagó al contado y gratificó al posadero, fué considerado como una persona de distincion.

Lo primero que hizo Gomez, que así le llamarémos en

LAS GENTES QUE SON ASI.



Lit. de E. Cumplido y C.ª

José Mª Gomez.

lo sucesivo, fué comprar el sombrero de mas costo que encontró en las tiendas.

El sombrero bordado de plata y oro es en el país la introduccion indispensable al bien parecer, siempre que no se trate de seudo *gentléman*, ó de personas enteramente parciales por las costumbres europeas.

Cuando Gomez pudo ponerse treinta pesos sobre la cabeza, su felicidad no conoció límites, no obstante que él hubiera querido encontrar en el pueblo un sombrero mucho mas costoso.

La segunda prenda en que pensó Gomez, fué en una bufanda de estambre con los colores nacionales: no tardó en hallarla y la enrolló á su cuello.

En seguida entró á una fonda y comió á reventar; de allí pasó al juego, tiró una moneda en la roleta y ganó; en seguida entró á una partida y ganó; cambió allí su pistola por otra mejor, compró una culebra que llenó de onzas, y tuvo la calma necesaria para salir ganando.

Allí encontró Gomez sus primeros amigos. Con ellos fué al baile: allí recibió Gomez las primeras caricias, allí, derramando su oro, conoció el amor.

Este amor era el de una bailadora.

Era una muger apiñonada, graciosa, y de su tipo podia decirse que era todavía la viva representacion del tipo mexicano de hace medio siglo, y que va perdiéndose con la invasion de las modas francesas.

La bailadora se llamaba Tomasa, vestia enaguas de cas-

tor rojo y blanco, y de sus hombros pendia un rebozo finísimo de largas puntas.

Tomasa era una especialidad en el baile, usaba por lo comun zapatos de piel plateada, que brillaban en medio de los rápidos movimientos del baile, como dos cocuyos aleteando.

Gomez se aventuró á bailar y se declaró el galan de Tomasa, y como mandó dar pulque á la concurrencia, fué el rey de la fiesta.

Gomez entró esa noche al mundo, y lo tuvo todo en un momento.

Al dia siguiente nada encontró que apetecer, y veia en todo aquello el mas merecido galardon de su habilidad en el robo; y si las buenas máximas del señor cura hubieran logrado siquiera inspirar á Gomez un poco de pudor, el éxito de su salida al mundo hubiera bastado á borrar todo género de escrúpulos.

Pero por mas que aquella fiesta hubiera venido tan á propósito á sus deseos, se consideraba aún muy cerca del curato, y á toda costa necesitaba hacer perder sus huellas; bien es que, por otra parte, ni Lázaro el vaquero, ni el señor cura, ni los sacristanes hubieran podido reconocer al tímido Alberto en aquel espléndido D. José María Gomez, de un aire tan despejado y de maneras tan desenvueltas.

De todos modos, el Coyote ó sea Gomez, á fuer de prudente y avisado, proporcionó cabalgaduras á Tomasa, á una tia de esta y á dos acompañantes, carabana que á partir de aquel instante constituia la familia de D. José María Gomez, puesta en camino en direccion del pueblo de la Asuncion, distante de allí unas treinta leguas, y adonde habia empezado ya la fiesta anual.

Gomez encontró en la crápula quien le hiciera justicia; su mejor amigo fué un gran ladron, tal vez porque dos lobos no se muerden, pero se conocen.

Gomez habia encontrado su media naranja, y esta adquisicion la celebró en su interior, con mas entusiasmo que la de Tomasa, á quien proporcionó habitacion, estableciéndola como la señora de D. José María Gomez.

Gomez y su nuevo amigo emprendieron un viaje, del que no volvieron sino á los quince dias.

Gomez, ni en sus momentos de expansion comunicó á su amigo su vida pasada ni su verdadero nombre; ya se ve, él mismo lo habia olvidado.

Ni él ni su amigo volvieron á tener residencia fija, excepto unos meses en los cuales Gomez fué mayordomo de una hacienda, donde se portó admirablemente.

El dueño de aquella hacienda, que era una de las personas mas ricas y respetables entonces, estaba seguro de no haber tenido mayordomo mas honrado ni mas inteligente que Gomez, quien habia hecho cobros cuantiosos, y se habia conducido con tanta honradez y fidelidad, que el amo se vió obligado á obsequiarlo, cediéndole un terreno y unos bueyes.

Pero cierto dia Gomez recibió una carta de su familia (carta escrita por su amigo) y notificó á su patron con

mucho sentimiento, que tenia el deber de separarse de la hacienda, pues lo llamaba su padre moribundo en Morelia, para que se hiciera cargo de los intereses de la familia.

El amo estuvo á punto de llorar de pena, dió dinero á Gomez, y sobre todo, una carta en forma de certificacion, que era el documento mas honorífico y el testimonio mas fehaciente de que D. José María Gomez era el tipo de la honradez y de la virtud.

Como tal, fué llorado por el amo y por toda la servidumbre.

Gomez tenia ya ocultas en el forro de su costoso sombrero, dos cosas importantes: una era una estampa que representaba á nuestra Señora de la Soledad, de quien desde el curato era Alberto muy devoto, y la otra era aquel certificado que haria valer á su debido tiempo y en los casos extremos.

Tomasa seguia viviendo por cuenta de Gomez, á quien veía algunos dias cada dos meses; pero á Tomasa y á su familia no les faltaba nada, excepto Gomez.

Diremos mas acerca de este personaje, para que el lector conozca á fondo su carácter: segun hemos visto, la pasion dominante en Gomez era el robo, y esclavo perenne de este instinto, lo habia empleado siempre, robándose todo lo que á las manos habia, desde un alfiler hasta un capital.

La influencia de su educacion no combatió, sino simplemente regularizó su conducta, haciéndolo víctima de una nueva aberracion.

Habia aprendido, mas por conducto de la cocinera del señor cura, que por el señor cura mismo, que hay una divina intercesora entre el pecador y el Ser Supremo.

Gomez adoptó la fé de esta intercesion, no en la acepcion sublime del ser moral, sino en la influencia material de un amuleto de poder sobrenatural.

A ese amuleto se refugiaba la conciencia de Gomez.

Esa instintiva reprobacion de las malas acciones se revelaba en Gomez por un temor que no podia dominar, y aunque ya se habia acostumbrado á no temblar robando, sentia que el miedo era su principal enemigo.

Cuando el éxito coronaba un plan meditado, creia ingénuamente que su santa protectora lo habia sacado avante del peligro.

Sintiendo la necesidad de palpar su amuleto, adquirió una escultura que representaba á su santa, y el producto de sus primeras rapiñas lo consagró á bordar de perlas el manto de su Vírgen; un dia, dia aciago, hizo voto de poner á su Virgencita una corona de oro: el éxito de sus depredaciones fué completo y cumplió la promesa.

Corroborada dia á dia la influencia milagrosa que, segun Gomez, ejercia aquella imágen en los robos, Gomez llegó á persuadirse que robar era una manera de vivir como cualquiera otra, y que no por ello lo habia de castigar Dios ni lo habia de abandonar su divina santa.

Gomez llegó á los veinte años enriqueciéndose y amando la vida que le brindaba con todo género de placeres, y pensaba que si en lugar *de aprovechar el tiempo* hubiera seguido siendo mozo del cura, seria á la presente el mas desarrapado y pobre de los domésticos, mientras que merced á su astucia, tenia á la sazon cuanto pudiera apetecer.

Gomez tenia una idea imperfecta del crímen y aun no habia sentido en su interior la reprobacion de sus acciones; se creia protegido por su Vírgen, á quien amaba de corazon y á quien habia puesto corona de oro y manto de perlas.

¿No era esto corresponder debidamente á tantos favores?

Por otra parte, Tomasa la bailadora cuidaba con tierna solicitud de que á la Vírgen no le faltase una lamparita, sustentada con aceite de olivo; todo porque á Gomez le fuera bien; y así le iba á Gomez, todavía no le habian hecho nada.

Gomez no sabia nada en materias de moral y de deber, pero en lo tocante á sí propio, sabia sostener su tésis con conviccion y con aplomo.

La palabra propiedad tenia para Gomez una acepcion distinta de la que le conocemos.

Un buen robo ratero, es para el robado, decia Gomez, enteramente igual á una pérdida casual: nada importa para el robado que intervenga una mano hábil, ó la mano del destino: las dos son manos invisibles y contra las cuales nada puede el hombre.

En compensacion de lo que cada uno pierde, le queda el derecho de adquisicion, que ese sí es sagrado.

Del robo ratero pasó Gomez al robo á mano armada.

Ya lo veremos mas adelante en su primer lance de armas.